

también de lo que soñaron los más optimistas de entre sus adalides. En bastantes áreas ha conseguido desarrollarlos con largueza y fijarse paulatinamente horizontes más complejos y áridos; en otros su empeño no ha tenido similar fortuna y queda muchísimo todavía por hacer.

Los 230 asociados que integran actualmente la entidad entre directores de escena, dramaturgistas y teatrólogos, han podido contrastar opiniones en los nueve congresos realizados hasta la fecha, que tuvieron sucesivamente como sede Palma de Mallorca, Gijón, Málaga, Sitges, Orense, Cádiz, Sevilla, Viana do Castelo (Portugal) y Valencia, lo que sirvió para acrecentar su cohesión interna. La ADE se propuso hacer un trabajo en que primara el análisis y la reflexión y creo que lo consiguió casi siempre, pero logró además que directores de escena de los más variados orígenes y con estéticas muy diferentes, se encontraran y participaran de una misma condición profesional.

Es igualmente constatable que más allá de las cuestiones intrínsecas a sus objetivos, la ADE se ha ido forjando y constituyendo en una empresa de la sociedad civil cultural. A través de las publicaciones de la ADE, ha producido ya más de ochenta y cinco volúmenes que abarcan desde la literatura dramática española y extranjera, hasta libros teóricos o resultado de trabajos de investigación. En el ámbito formativo, se han diseñado cursos y seminarios abiertos al público interesado, de especialización unos, de divulgación otros. Se han promovido también actividades escénicas, proyectos de investigación, intercambios internacionales, etc. La revista *ADE-Teatro* es consecuencia específica de la concepción asociativa que se ha ido generando. Su andadura de más de setenta y cinco números ha permitido ir definiendo y articulando hasta concretarse en la estructura y diseño que hoy posee. Asumir estas responsabilidades ha exigido igualmente la adecuación paulatina y constante del primitivo aparato de gestión. Se ha hecho necesario constituir departamentos y secciones diferentes, así como ampliar la infraestructura para acometer con garantías los nuevos campos de acción que han ido surgiendo.

La ADE ha intentado día a día construir su espacio propio y con ello ratificar de forma dinámica que se considera parte integrante de la sociedad civil cultural. No ha sido tarea fácil en un país como el nuestro, tan frívolamente individualista y tan tendente, por los hábitos adquiridos durante la dictadura franquista, a la adopción de decisiones personalistas en los ámbitos políticos, a tener muy escasa capacidad de diálogo entre las administraciones y las organizaciones sociales que articulan y estructuran la sociedad civil. Es esta una labor relativamente silenciosa y nada espectacular, que sin embargo tiene una importancia decisiva para una mejor organización del teatro en España.

5

En los últimos tiempos se recrudece otra vez en algunos ámbitos la falta de reconocimiento de la profesión, especificidad y condición creativa de los directores de escena. Es una conjura insidiosa, solapada y subrepticia, ejecutada mediante silencios capciosos y premeditados desvíos. El desprecio frontal prosigue en boca y pluma de ciertos personajes irreductibles en su opinión obtusa y carente de objetividad, pero lo que se instauro actualmente es algo no explícito aunque de pretensiones no menos perversas y demoledoras. La intención no recatada de quienes así hacen consiste ante todo en aseverar que el texto literariodramático es teatro y contiene en sí mismo la totalidad del espectáculo; el autor en consecuencia necesita tan sólo unos actores que lo representen y algunos artesanos y técnicos que le fabriquen un ambientillo o lo iluminen. El corolario implícito: negar la condición de creadores de la escenificación, del hecho teatral en definitiva, a los directores de escena. El residuo irrisorio promueve la creencia de que realizar una escenificación es cosa de nada, combinando algunos recursos banales y mucho desparpajo frívolo y trepidante, la cosa es sencilla. Según esto, cualquiera que cuente con el atrevimiento y recursos necesarios, sea un productor, un diletante o cualquier otro, se autoproclama director de escena. Todo ello constituye una grave falta de respeto hacia una profesión difícil y compleja. Concebir una puesta de escena, diseñarla y materializarla en todos sus aspectos y especificidades, no es cosa que pueda improvisarse o asumirse desde la ignorancia. A lo largo y ancho del mundo, hace muchos años ya que ideas similares quedaron arrumbadas por obsoletas y yacen en el limbo de la historia.

El director de escena es imprescindible para la instauración de una práctica escénica solvente y un desarrollo teatral en progresión. Los propios profesionales tienen mucho que hacer al respecto y deben asumir los compromisos adecuados, pero la responsabilidad última compete al conjunto de la sociedad que queda reflejada en las carencias que se den en este campo.



Jorge González Salvador: Figurín para *Historias del fin del milenio* (Grupo Jaujarana)